

III

ECUMENISMO ESPIRITUAL

LA IGLESIA DE CRISTO SACRAMENTO DE COMUNION

ILDEFONSO MURILLO, cmf.

*Miembro ordinario del
Centro Ecuménico Juan XXIII*

Los hombres toman cada día más conciencia de su unidad. Se multiplican las interdependencias sociales, económicas y políticas. El mundo entero, hoy, como impulsado por fuerzas asombrosas, converge hacia unidades muy fuertes en todos los campos. Gracias a los medios de comunicación social, sobre todo a la radio y a la televisión, se han suprimido las distancias; los acontecimientos más lejanos se convierten en algo común, tienen una repercusión mundial. Los pueblos y los individuos se necesitan unos a otros. Nadie puede prescindir de los demás. Todos los adelantos, las empresas modernas,

los programas espaciales, se realizan por el trabajo en equipo de cientos de hombres. Se tiende a un disfrute o explotación comunitaria de los bienes de la tierra. Se lucha por superar las oposiciones que enfrentan a los hombres: oposiciones de pueblos con pueblos, de lenguas con lenguas, de patronos con obreros, de blancos con negros. El mundo actual se afana y sueña con la construcción de una sociedad nueva en que todos trabajen conjuntamente para el bien de todos.

Este proceso de unificación no es extraño a la Iglesia de Cristo. Por su misión íntima, se ordena a promover la unidad. El Concilio Vaticano II presenta a la Iglesia como un sacramento de unidad: "La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG. n. 1)¹. La Iglesia está llamada a jugar un importante papel en la promoción de la unidad humana, pues como, en virtud de su naturaleza, "no está ligada a ninguna forma particular de civilización humana ni a sistema alguno político, económico o social, por esta su universalidad, puede constituir un vínculo estrechísimo entre las diferentes naciones y comunidades humanas" (LG. n. 42). Sobre todo, invita a una unión perfectamente humana. Enseña al mundo que la unidad no radica en el mero andamiaje externo, que la unidad nace del interior, de la unión de los espíritus y corazones, que consiste en la comunión de los hombres en el amor, de modo que respeta unificando e integrando en el servicio mutuo las diferencias individuales de hombres y de pueblos. La Iglesia puede imprimir a esta unificación del género humano un sentido y una plenitud total, hacerla signo eficaz de la comunión con Dios.

En estas páginas voy a hablar de la Iglesia como sacramento de comunión, del testimonio de los cristianos, principalmente centrado en la caridad, como energía impulsora de la humanidad a la comunión con Dios por el logro progresivo de la comunión entre los hombres.

Bajo la palabra *comunión*, entiendo la unidad en su grado más perfecto. Espíritu de familia humana. Respeto de la conciencia y libertad de cada persona junto a un amor práctico y eficaz. Amor que, vivido en la pertenencia visible a la Iglesia

¹ Como cito con frecuencia las constituciones "Lumen Gentium" y "Gaudium et spes" utilizo, para simplificar, las siglas LG. y GS.

de Cristo, es una llamada a la comunión total, externa e interna, dentro de la familia de Dios. Debemos intentar que "todos los hombres, tan estrechamente unidos hoy entre sí por lazos sociales, técnicos, culturales, lleguen también a la plena unificación en Cristo" (LG. n. 1).

SACRAMENTO DE LA COMUNIÓN CON DIOS

El hombre, desde su ser más íntimo, está ordenado al encuentro con Dios. Su vida se desarrolla desde este fondo humano trascendente que le lanza hacia el infinito. Busca, aun sin caer en la cuenta de ello, la unión familiar con Dios. El insaciable deseo humano de felicidad, que agota la motivación última de nuestros afanes, no es más que la manifestación de nuestra tendencia irreprimible a mantener relaciones personales con Dios. Pero este deseo es ineficaz. Nuestra naturaleza humana, por sí misma, no puede conseguir la comunión con Dios. El encuentro personal con Dios sólo es posible por un acercamiento benévolo de Dios a nosotros.

En Cristo, se da este acercamiento. El hombre Jesús es personalmente encuentro con Dios, realización suma y visible de la comunión humana con Dios, forma concreta como Dios sale al encuentro de la humanidad. Con otras palabras: Cristo es sacramento de comunión con Dios. Su humanidad glorificada es la única puerta de acceso a la comunión con Dios: "Así como hay un solo Dios, hay también un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús" (I Tim. 2, 5). Sólo por el encuentro personal y humano con Cristo podemos llegar a la comunión con Dios. Unidos a Cristo en el Espíritu, nos hacemos hijos de Dios (Rom. 8, 15).

Pero el encuentro humano se realiza por intermedio del cuerpo. ¿Cómo nosotros, hombres del siglo XX, podemos encontrarnos con Cristo si, en virtud de su Resurrección y glorificación, desapareció de nuestro horizonte visible? O Cristo comunica a su cuerpo celestial una visibilidad en el plano de nuestro mundo terrestre, o no podemos relacionarnos con El.

Para salvar nuestra interrelación con El, a lo largo de la historia, el Señor ha conferido a su cuerpo celeste una prolongación visible sobre la tierra, la Iglesia visible (Efs. 1, 23; 4, 12). La Iglesia es la forma de visibilidad terrena que adopta

el Cristo glorioso. Lo cual quiere decir que, por ella, podemos entrar en comunión con Cristo, que la Iglesia es el sacramento de nuestra comunión con Cristo y con Dios.

El Reino de Dios, inaugurado por Cristo, que se continúa y crece por la Iglesia visible, es una comunión de vida con el Padre, por Cristo, en el Espíritu. Incorporados a la Iglesia, entramos en comunión con las tres personas divinas: con el Padre, que nos ha manifestado su amor enviándonos a su "Hijo único" (I Jn. 4, 9); con el Hijo, quien, enviado por el Padre a fin de que fuera primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8, 29), tomando nuestra naturaleza humana, vino "a servir y a dar su vida para la redención de muchos" (Mc. 10, 45); con el Espíritu, que da testimonio de nuestra filiación divina (Gal. 4, 6; Rom. 8, 15-16).

La vida eterna, de comunión con Dios, tiene su origen en la unión vital con Cristo (Jn. 6, 53-57; 15, 1-10; I Jn. 5, 11-12). La misma idea encontramos, ampliamente desarrollada, en San Pablo (Rom. 6, 1-11; Ef.; Col.). Ya, desde nuestra vida terrena, estamos en unión con Dios en la persona de su Hijo (Jn. 14, 23; I Jn. 2, 24; 4, 15).

El Espíritu Santo, el que glorifica el Cuerpo de Cristo, expresión del *amor* de Cristo al Padre, conecta la vida de Cristo glorioso con la comunidad creyente, hace posible la comunión de los hombres con Dios, nos introduce en la comunidad trinitaria. Es decir, que la comunión con Cristo y, por El, con el Padre, a partir de la Resurrección, se alarga hasta nosotros por la comunicación del Espíritu Santo: "En esto conocemos que permanecemos en El y El en nosotros, en que nos ha dado su Espíritu" (I Jn. 3, 24). Toda la fecundidad de la Iglesia, como sacramento de comunión, signo eficaz mediante el cual Dios aumenta su familia a través de los siglos, nace de que posee el Espíritu.

Lo que hemos dicho resume el conjunto de relaciones entre la comunión trinitaria y la comunión eclesial. Los hombres penetran en la Familia Divina por voluntad del Padre, como creyentes en Cristo, como habitados por un mismo Espíritu. La Iglesia "aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (LG. n. 4).

SACRAMENTO DE LA COMUNIÓN CON DIOS, POR LA COMUNIÓN ENTRE LOS HOMBRES

Hemos tratado de la unidad de los hombres con el Dios vivo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la dimensión vertical o divina de la Iglesia. Ahora nos interesa estudiar cómo la comunión eclesial, en nuestro mundo terrestre y visible, es familia de Dios y creadora de familia de Dios. Conviene que precisemos más el concepto de la Iglesia como sacramento de comunión con Dios, fijándonos en la primera parte: la Iglesia, como sacramento, en cuanto encarnación de la comunión con Dios.

Antes de afrontar directamente el problema, voy a trazar una imagen sintética de la naturaleza social de los hombres que forman o están llamados a formar parte de la familia de Dios.

El hombre y la comunidad humana.

Cada hombre es una persona esencialmente abierta por su conciencia y por su libertad; abierta a las cosas, a los otros hombres, a Dios. La existencia del hombre no es la de un ser solitario, sino la de un ser abierto a los otros seres. Esta abertura tiene su expresión en el diálogo: el diálogo científico (con las cosas) o el diálogo personal (con otros hombres y con Dios).

El diálogo, y por tanto la comunidad, tiene una referencia esencial al hombre. Nuestro conocimiento y nuestra voluntad están estrechamente ligados al otro. Nos construimos en el diálogo con las cosas de fuera y sobre todo en el diálogo con otras personas.

Primero influye sobre nosotros la relación con nuestros padres en la comunidad familiar. Pronto se une a esta relación el contacto con otras personas dentro de las comunidades más amplias a las que pertenecemos en el orden social o político.

La persona humana, en su progresivo *hacerse*, depende de la actuación de los otros, no sólo de la suya propia. Estoy de acuerdo con M. Buber cuando afirma que el individuo adquiere la plenitud de la persona en un contacto con el otro hombre. "El pan del cielo de la plenitud del ser humano sólo se logra, si se lo dan los unos a los otros".

De aquí nace el sentido positivo de la actual socialización, que multiplica las conexiones entre los hombres. El Concilio reconoce su valor humano: "Este fenómeno, que recibe el nombre de socialización, aunque encierra algunos peligros, ofrece, sin embargo, muchas ventajas para consolidar y desarrollar las cualidades de la persona humana y para garantizar sus derechos" (GS. n. 25).

Mi acción libre pone siempre al otro en una situación que le orienta al bien o al mal, que le da un apoyo o se lo quita, que le comunica valores y normas o le priva de ellas. Cierto que no impongo una determinada opción a su voluntad, pero le invito, con mi acción, al mal o al bien. Fuerza del ejemplo. Un hombre nos puede colocar en situación favorable o desfavorable con relación a determinados valores.

El ejemplo puede acentuarse por la presión social. Si no lo sigo me excluyo, en algún sentido, de mi ambiente. Por eso el Concilio añade: "Mas si la persona humana, en lo tocante al cumplimiento de su vocación, incluida la religiosa, recibe mucho de esta vida en sociedad, no se puede, sin embargo, negar que las circunstancias sociales, en que vive y en que está como inmersa desde su infancia, con frecuencia le apartan del bien y le inducen al mal" (GS. n. 25).

Esta sociabilidad o comunidad admite diferentes grados de perfección desde la masa más difusa hasta la comunión más intensa. La masa: donde existe unidad pero no existe libertad individual, donde cada uno obra según los usos y costumbres de todos, conforme a un patrón que se les impone. La *comunión*: donde existe unidad y libertad, en que cada individuo se vincula libremente a una faena común, en que se da la abertura afectiva y efectiva a los demás.

El amor auténtico logra la plenitud de la comunión en la más intensa e íntima compenetración por la total donación mutua y libre de las personas.

En el polo opuesto al amor se hallan la soberbia y el egoísmo humanos, que trastornan la vida comunitaria haciéndola caer en el más grosero y antihumano individualismo. El egoísta no admite la existencia del otro sino bajo el módulo de su propia existencia. No es capaz de diálogo personal, ni, menos, de comunión.

Pero el hombre, aun desde el punto de vista natural, tiende a una comunión más elevada, tiende al diálogo y a la co-

muni6n con Dios. El hombre siente que no llegar4 a madurar plenamente su personalidad humana sino en el *abrazo* con la Persona absoluta.

La comunidad humano-divina.

Si el Hijo de Dios se encarna, lo hace con todas las consecuencias. Utiliza todas las dimensiones del hombre para expresar su ser y su misi6n divina. El Cristianismo es la religi6n de la encarnaci6n.

Una dimensi6n esencial del hombre es su naturaleza social. Cristo la asume de tal modo que encarna o revela visiblemente su comuni6n con Dios en la comuni6n con los hombres. El amor de Cristo al Padre, en lo que consiste su comuni6n con el Padre, se revela en su amor a los hombres hasta la muerte (Jn. 15, 13; 10-11). Jes6s establece un paralelo entre el amor que manifiesta a los suyos y el amor que recibid del Padre: "Como me am6 el Padre, asid tambi6n os am6 yo" (Jn. 15, 9). Su amor encarnado es una invitaci6n sensible a la comuni6n con el Dios vivo. Asume la comunidad humana, en su tipo m4s perfecto de comuni6n en el amor, como signo eficaz de la comuni6n divina. Para sus contempor4neos el encuentro personal con el amor de Jes6s era una invitaci6n al encuentro personal con Dios, a la comuni6n con Dios.

Por esto, la palabra comuni6n, en sentido pleno, designa ante todo la vida intima de las Personas Divinas, a pesar de que la empleamos tambi6n para designar la vida comunitaria humana, vivida o no en la pertenencia a la Iglesia visible. Y no vemos contradicci6n. El mismo Cristo no dud6 en comparar, en unir significativamente, la comuni6n humana con la comuni6n divina.

El concepto de comuni6n une de manera profunda la vida cristiana y la vida humana, manifiesta hasta qu6 punto la naturaleza social del hombre ha sido asumida en el misterio cristiano.

La Iglesia es la continuaci6n visible de la comuni6n de Cristo con Dios. Por medio de ella los hombres nos encontramos, seg6n nuestra manera corporal y social de ser, con el Cristo glorioso. Al continuar su encarnaci6n en el mundo a trav6s de los cristianos, Cristo no viola las leyes de la sociologid, no lo hace de un modo individualista, sino que, como en

su propia encarnación, respeta la naturaleza social del hombre. Por la *imposición de un mandato de amor* funda una comunidad de hombres, signo visible, eficaz, de su comunión con Dios. Nos lo explica San Juan: "lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que vosotros también tengáis *comunión con nosotros*. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (I Jn. 1, 3).

Se trata de penetrar en la comunión fraterna, porque sólo, a partir de esta comunidad, se puede llegar a la comunión del Padre con su Hijo Jesucristo. La Iglesia no la forman los cristianos creyendo aisladamente en Cristo. Desde el principio la Iglesia es esencialmente comunitaria y creadora de comunidad. Desde el principio la Iglesia se construye en el amor mutuo de los cristianos y en el amor misionero a los que están fuera, como signo eficaz de su comunión con Dios (Jn. 17, 20-27; I Jn. 4, 20-21; Hch. 2, 47).

Schillebeeckx precisa más estas ideas: "La unión de gracia interior con Dios en Cristo se hace visible y se realiza por el signo social exterior. La esencia de la Iglesia consiste en que la gracia final de Cristo se hace presente históricamente y visiblemente en *toda la Iglesia como sociedad visible*"². A este signo social de comunión con Dios pertenece no sólo la Iglesia jerárquica sino toda la comunidad laica de creyentes. Desde sus distintas funciones sacramentales: la jerarquía, desde las actividades que dimanen de su función apostólica (administración de los sacramentos, predicación, gobierno pastoral); los laicos, desde las actividades relacionadas con los caracteres del bautismo y de la confirmación. Pero, tanto fieles como pastores, deben ser en toda su vida un testimonio o expresión viva de su comunión con Dios. Pues en la Iglesia el ser sacramento de comunión con Dios no se limita a aquello que emana de la jerarquía y del carácter del bautismo y de la confirmación, sino que incluye también todo aquello que procede de la unión interna de los cristianos con Cristo. "La vida *eclesial* no sólo significa la práctica en el sentido estricto de la palabra. Significa también, y no menos esencialmente, la visibilidad cotidiana de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad, nuestra misma santidad"³.

² *Cristo, Sacramento del encuentro con Dios*, San Sebastián, 1966, p. 62.

³ *O. c.*, p. 233.

¿Quién no capta la importancia vital de esta doctrina para nuestro tiempo? El mundo actual valora especialmente el testimonio de la vida. Nadie cree en ideas que no influyen en el obrar de quien las profesa. Los hombres de nuestro tiempo sufren la pasión de la eficacia. Necesitamos mostrarles que el Cristianismo es eficaz para transformar la sociedad hacia mejor.

Primeramente necesitamos hacer conocer y experimentar esta eficacia a los mismos cristianos. Muchos se alejan de la Iglesia porque la creen una estructura inútil. Y creo que nada les puede convencer mejor de lo contrario que la comprensión de la fuerza dinámica del Cristianismo: el amor a Dios, la comunión con el Padre en Cristo por el Espíritu, realizada horizontalmente en el amor a los hermanos, en la comunión con los hermanos. A partir de aquí, la actitud fraternal de un cristiano puede hacer que otro cristiano indiferente experimente sensiblemente la eficacia de la comunión con Dios y llegue a una auténtica conversión.

No presentemos el Cristianismo a nuestros fieles como una realidad desencarnada y espiritualista. Es una presentación falsa. La compenetración entre la ciudad terrestre y la celeste alcanza tal grado que "sólo puede percibirse por la fe" (GS. n. 40). No es posible distinguir entre comunión humana y cristiana más que por la fe, que nos hace reconocer la presencia de Dios donde una mirada puramente "sociológica" no ve más que apariencia humana.

Pero esta compenetración de lo humano y de lo divino en la Iglesia nos sitúa ante el fenómeno de la secularización, que tiende a arrancar lo divino de las realidades humanas hasta hablar de "la muerte de Dios". No significa esta compenetración dar un paso hacia la supresión de la dimensión trascendente de la comunidad cristiana? Tal dificultad brota por desconocer los dinamismos propios de la Iglesia y del mundo, que no son contradictorios sino complementarios. Así lo reconoce el Concilio: "El Concilio exhorta a los cristianos, ciudadanos de la ciudad temporal y de la ciudad eterna, a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico... No se creen, por consiguiente oposiciones artificiales entre las ocupaciones profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa por otra. El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el

prójimo, falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación. Siguiendo el ejemplo de Cristo, quien ejerció el artesanado, alégrese los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales, haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico y técnico, con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios" (GS. n. 43).

No opongamos comunión humana y comunión cristiana. Esta última conduce a aquella a su perfección abriéndola a Dios. Pablo VI describe el desarrollo como la ascensión, por la comunión entre los hombres, hacia la comunión con Dios. A esto lo llama ascensión de condiciones menos humanas a condiciones más humanas⁴.

Llegamos a una mejor comprensión de las responsabilidades de los cristianos *en el mundo*, promoviendo la comunidad humana mediante los lazos económicos, técnicos, sociales y políticos, y *en la Iglesia*, contribuyendo, por la encarnación de su comunión con Dios en la vida social, a que esta comunidad humana no se limite a una mera solidaridad material sino que termine en la comunión de las personas con Dios. A veces se ha reprochado a los cristianos la falta de dinamismo en las tareas humanas, como si el tener acceso al término de la unidad humana, la comunión con Dios, les hiciera olvidar su compromiso en el desarrollo de la unidad en el mundo. Sin duda este compromiso forma parte de la misión de la Iglesia.

Pero también acecha el peligro contrario: que, ocupados en el dinamismo secular, olvidemos la dimensión trascendente. Nuestro amor y preocupación social, para que sean sacramento de nuestra comunión con Dios, deben ser expresión visible de nuestro amor y fe sobrenatural, pues "la genuina unión social exterior (civil y económica) procede de la unión de los espíritus y de los corazones, esto es, de la fe y de la caridad, que constituyen el fundamento indisoluble de su unidad en el Espíritu Santo. Las energías que la Iglesia puede comunicar a la actual sociedad humana radican en esa fe y esa caridad, aplicadas a la vida práctica. No radican en el mero dominio exterior ejercido con medios puramente humanos" (GS. n. 42).

Fe y caridad aplicadas a la vida práctica. El apóstol San Juan previene contra el peligro de un amor estéril: "no ame-

⁴ *El Desarrollo de los Pueblos*, n. 20.

mos de palabra y con la boca, sino con obras y de verdad" (I Jn. 3, 18). Hay unas exigencias prácticas sin las cuales no es posible que el amor exista. Recordemos la parábola del buen Samaritano. Se comportó como prójimo solamente el que se acercó al herido y le vendó las heridas y lo subió a su caballo y lo llevó a la posada (Lc. 10, 29-37). Cuando se cruza en nuestro camino el hermano necesitado, debemos remediar en lo posible su necesidad: "Si un hermano y una hermana andan desabrigados y desprovistos de sustento cotidiano y uno de vosotros le dijere: Id en paz, que podáis calentaros y saciaros, pero no les diere lo necesario para el cuerpo, ¿qué aprovecha?" (Sant. 2, 16). "Si alguno, que posee bienes de este mundo, viere que su hermano tiene necesidad y le cierra sus entrañas, ¿cómo podrá permanecer en él el amor de Dios?" (I Jn. 3, 17).

La práctica del amor no tiene límites. Debemos practicarlo siempre que lo exijan las circunstancias de nuestro prójimo. El amor cristiano no puede mirar nunca con indiferencia la miseria, física o espiritual, de los hombres. Al final de nuestra vida seremos examinados de amor: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparada para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme" (Mt. 25, 34-36).

Pablo VI traduce este lenguaje por la palabra actual *desarrollo*, "el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas. Menos humanas: Las carencias materiales de los que están privados del mínimo vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras, que provienen del abuso del temer o del abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza, la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos, y de Dios, que de ellos es la fuente

y el fin. Más humanas, por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres”⁵.

Las exigencias del amor cristiano hoy no pueden cumplirse sólo con las obras de misericordia ejercidas ocasionalmente. El amor cristiano debe obligarnos al esfuerzo por crear una sociedad nueva, más justa, más humana, donde todos los hombres puedan vivir dignamente como hijos de Dios. “El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes. Cada uno debe aceptar generosamente su papel, sobre todo los que por su educación, su situación y su poder, tienen grandes posibilidades de acción”⁶. Y es que la humanidad hoy está mal organizada porque, habiendo recursos suficientes para que todos vivan como personas humanas, las estructuras políticas y económicas no lo permiten. Mientras estas estructuras no sean suplantadas por otras, que fomenten eficazmente la justicia social y la paz, la comunión en el amor vendrá a ser un puro mensaje.

Tarea que es plenamente eclesial, ya que el fin de la Iglesia es crear fraternidad sólo dentro de la cual es posible la comunión con Dios. Y hay fallos que cierran el acceso a esa fraternidad. Por eso, los cristianos, dentro de las estructuras humanas, hemos de luchar por superar esos fallos. “Cooperen, nos exhorta el Concilio, gustosamente y de corazón los cristianos en la edificación del orden internacional con la observancia auténtica de las legítimas libertades y la amistosa fraternidad con todos, tanto más cuanto que la mayor parte de la humanidad sufre todavía tan grandes necesidades, que con razón puede decirse que es el propio Cristo quien levanta su voz para despertar la caridad de sus discípulos con los pobres” (GS. n. 88). La unidad de todos en Cristo debe imponerse sobre todos los valores naciones, familiares o raciales. Entre los cristianos no hay “extranjeros y forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios” (Ef. 2, 19); ya no hay judíos ni griegos, ni esclavos ni libres, ni hombres ni mujeres: todos somos uno en Cristo Jesús (Gal. 3, 28).

⁵ *El Desarrollo de los Pueblos*, nn. 20-21.

⁶ *El Desarrollo de los Pueblos*, n. 32.

Otros dos aspectos importantes de nuestra comunión cristiana son la fe y la esperanza. Por la fe penetramos en la eficacia trascendente de nuestro amor fraterno, creador de comunión con Dios. Por la esperanza tendemos a la comunión definitiva con Dios en el amor, anhelamos el reino consumado y con todas nuestras fuerzas ansiamos unirnos en la gloria con Cristo (LG. n. 5).

Así la Iglesia es la presencia del Dios vivo que llama a los hombres a su amistad. No es una comunidad por coacción, aunque la autoridad externa tenga en ella su lugar, sino una sociedad o por comunión de sus miembros en la fe, en el amor, en la esperanza. El ser cristiano comporta indispensablemente la conciencia de que no estamos solos⁷. En nuestra comunión fraterna de fe y caridad se hace presente Cristo (Mt. 18, 20). El que no permanece en la comunidad, en el amor mutuo, pierde la comunión con Cristo (Jn. 15, 6-12).

San Ignacio de Antioquía nos dirá que la armonía eclesial de todos los miembros de la Iglesia entre sí es reproducción terrena de esa gran Armonía, esa perfecta comunión humana con Dios, que es Cristo: "En vuestra armonía y en vuestra caridad sinfónica Jesucristo es cantado".

Para que el mundo crea.

El amor práctico y eficaz al otro, a los hermanos, vivido en la fe y en la esperanza cristiana, no sólo unifica la comunidad de los bautizados y los introduce en la comunión con Dios. Es, además, testimonio, el mejor testimonio, para los que aún no pertenecen a la Iglesia de Cristo. Les invitamos, por nuestra comunión en la fe, en el amor y en la esperanza, a que se unan a nosotros.

En nuestro tiempo los hombres buscan valores capaces de transformar la vida, no meras teorías. A este hombre utilitario los cristianos debemos mostrar que el Cristianismo es una fuerza que transforma la vida. Nuestra vida debe ser el dogma encarnado. A ello nos invita el Concilio en muchos pasajes de sus Documentos. La Iglesia, por medio de sus hijos, miembros

⁷ YVES CONGAR: *Sainte Eglise*, "Unam Sanctam", Ed. du Cerf, París, 1964, pp. 226-227.

a la vez de la ciudad terrena, debe aportar al mundo la ayuda de la revelación cristiana, fomentar y fortalecer la comunión entre las personas humanas (GS. n. 23). Como sacramento, como signo y medio, de la comunión del género humano con Dios "su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios" (GS. n. 40). Los cristianos, a través de su vida comprometida, tienen la misión de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios.

Una cualidad esencial de su testimonio es la libertad en el amor. Los cristianos deben mostrar que el Dios cristiano, lejos de alienar al hombre, exalta su responsabilidad y dignidad (GS. n. 41). Las relaciones, que Dios ha querido establecer con los hombres, son relaciones de comunión libres y amorosas. No es extraño que en el terreno de la vida interhumana, sacramento de la comunión con Dios, la Revelación cristiana, actualizada por el Concilio Vaticano II, nos invite a superar la ética individualista, nos invite a una responsabilidad y a una participación mayor en todos los asuntos del mundo, a la promoción del bien común, al respeto de la persona humana, a la promoción de la justicia social (GS. n. 26-31).

Ponderábamos antes la fuerza sociológica del ejemplo. Era con el fin de comprender ahora la importancia decisiva del testimonio de los cristianos. Frente al pecado, encarnado en la vida y en la historia de los hombres, negador de la comunión con Dios, hemos de oponer nuestro amor a Dios y a los hombres encarnado en nuestra propia vida.

En un mundo en que los hombres viven bloqueados por la materia, desorientados, sin ninguna atención a los valores espirituales, una actitud cristiana santa les sitúa ante el hecho de que existe algo más elevado. En un mundo en el que los hombres no tratan sino de crearse dificultades mutuamente un rayo de amor desinteresado y generoso hace pensar en otro mundo superior. Ahí radica la potencia conquistadora de la Iglesia visible. El *encuentro con los hombres cristianos* se convierte en el sacramento del encuentro con Dios. El encuentro con un cristiano auténtico puede convertirse en ocasión de que algunas personas, una vez conocido el fondo de su testimonio, sientan el deseo de pertenecer a la comunidad cristiana, de expresar su encuentro con Dios en la forma plena y oficial de los ritos sacramentales.

El único modo de que la Iglesia capte la atención vital de los hombres va por esta dirección. Nada mejor que el testimonio puede hacer que los que están fuera no la ignoren. Cristo, amando a los hombres, manifiesta su amor al Padre. La Iglesia, sólo difundiendo sobre el mundo el amor que irradia su comunión con el Dios redentor por el Espíritu, transmitirá eficazmente a tantos hombres secularizados e indiferentes del siglo XX la llamada paternal de Dios. Experimentamos la actualidad palpitante de las palabras de Cristo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos a los otros" (Jn. 13, 35). El amor fraterno sigue siendo sacramento del encuentro con Cristo.

La revalorización de este aspecto del amor y del testimonio nos conduce a una actitud ecuménica total respecto a los que están fuera de la Iglesia católica, aun de los que no poseen ninguna práctica sacramental. El amor auténtico es verdadera Iglesia, sacramento de la comunión con Dios, aunque esta eclesialidad deba completarse en la concentración de gracia visible que es la Iglesia de Cristo, en la organización de la Iglesia visible tal como Cristo la quiso, aunque deba llegar, como dice Schillebeeckx, a la expresión plena y oficial en la predicación y en los sacramentos que son "los focos de una vida cristiana que se extiende más allá"⁸.

Pero el mundo no se hará comunidad creyente en este último sentido, en sentido pleno, sino en la medida en que los creyentes den testimonio de unidad, hasta que se cumpla la oración de Cristo: "Que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también estén con nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste" (Jn. 17, 21). Anhelado del movimiento ecuménico: "casi todos los cristianos, aunque de manera distinta, aspiran a una Iglesia de Dios única y visible, que sea verdaderamente universal y enviada a todo el mundo, a fin de que el mundo se convierta al Evangelio y de esta manera se salve para gloria de Dios"⁹.

Hoy los cristianos vivimos divididos, en la fe o en la caridad, con el perjuicio que esto supone en orden a la eficacia de nuestro testimonio. Nuestra división "es un escándalo para el mundo y daña a la causa santísima de la predicación del

⁸ O. c., pp. 245-246.

⁹ Decreto "Unitatis redintegratio" sobre el Ecumenismo, n. 1.

Evangelio a todos los hombres”¹⁰. Buscamos una manera eficaz de ser sacramentos de comunión? Aportemos nuestros esfuerzos a la tarea ecuménica. Abracemos con la intimidad, con los brazos abiertos del diálogo, a todo cristiano de buena voluntad.

El signo y el contrasigno.

Hemos constatado la importancia fundamental que, hoy, reviste el testimonio de los cristianos. A continuación se nos plantea el problema de las formas que debe adoptar nuestro testimonio de comunión en la fe y en el amor para que lo capten los que están fuera de la Iglesia y los que se han alejado de ella. Pues, no sólo el pecado, la misma santidad puede no ser signo, puede ser antisigno de comunión, si no cuidamos sus apariencias. Necesitamos, por consiguiente, emplear signos que hagan realmente visible e interesante la comunión de la Iglesia con Dios para los hombres de nuestro tiempo. Es monstruoso que la vida santa de algunos cristianos pierda eficacia externa por hallarse desfigurada dentro de unas estructuras anquilosadas e inexpresivas.

¿Qué entiendo por signo? Un gesto, una acción, una palabra, un comportamiento, discernible con experiencia histórica y sensible, que nos descubre o sugiere otra realidad. Signo de comunión con Dios será aquel que permite descubrir o al menos entrever con experiencia histórica y sensible, en la vida de los cristianos, su comunión con Dios. Condición imprescindible: actualidad psicológica, histórica y sociológica, que lo puedan captar aquellos a quienes se lo dirigimos.

El signo es esencialmente relativo: lo es en función de una mentalidad o de un individuo concreto, en función de una época determinada, en función de un ambiente social. Pedagogía de la Encarnación. Tomaremos lo humano, como Cristo, para expresar lo divino, pero lo humano de nuestro tiempo y de nuestro ambiente.

La Iglesia evoluciona, vive, se transforma. Es humana. Su comunión con Dios ha de revestir diversas formas según la realidad humana donde se manifiesta.

¹⁰ Decreto “Unitatis redintegratio” sobre el Ecumenismo, n. 1.

Y ni aun así la Iglesia visible encarna la comunión con Dios de la misma manera que el hombre Jesús. Admite mucho de imperfecto. Lo reconoce Pablo VI cuando pide ayuda a los Padres Conciliares para renovarla: "A vosotros, venerables hermanos, os tocará indicarnos las medidas que se han de tomar para hermostrar y rejuvenecer el rostro de la Santa Iglesia... para infundir nuevo vigor en el Cuerpo Místico de Cristo, en cuanto sociedad visible, purificándolo de los defectos de muchos de sus miembros"¹¹. Ya antes Juan XXIII insistía sobre lo mismo: "la Iglesia, siguiendo siempre las huellas de la tradición antigua, se propone, con ferviente ardor, revigorizar la propia vida y cohesión, incluso de cara a tantas contingencias y situaciones de hoy, para las cuales sabrá establecer eficientes normas de conducta y de actividad. Así aparecerá ante todo el mundo en su pleno esplendor"¹². En la Constitución "Lumen gentium" se nos dice que la Iglesia, dirigida por el Espíritu Santo, no cesa de "exhortar a sus hijos a la purificación y a la renovación, para que brille con mayor claridad el *signo* de Cristo en el rostro de la Iglesia" (LG. n. 15). Que en la Iglesia católica "subsista" la Iglesia de Cristo (LG. n. 8) no quiere decir que lo sea perfectamente. Hay gran espacio para el *contrasigno*.

Distinguímos tres clases de signos y de contrasignos de comunión: la *palabra* por la que explicamos en qué consiste la comunión cristiana y que puede quedarse en meros vocablos humananos; la *Eucaristía*, celebración litúrgica de la comunión, que puede impedir, por diversas causas, captar o vivir la realidad sobrenatural; la *vida de comunión*, los signos caritativos, que pueden ser suplantados por actos o actitudes egoístas, individuales y colectivas, por el compromiso temporal intrascendente, por la falta de unidad eclesial.

Nuestra época valora especialmente la última clase de signos y de contrasignos. Por esta razón se nota en muchos católicos y en muchos hermanos, pertenecientes a otras comunidades eclesiales, la inquietud por hallar un nuevo estilo de vida cristiano que manifieste eficazmente nuestra comunión con Dios en la vida social de modo que interese al hombre

¹¹ Juan XXIII y Pablo VI explican el Concilio, Desclée de Brouwer, 1967, n. 315.

¹² Juan XXIII y Pablo VI explican el Concilio, n. 13.

moderno. Han surgido diversas tentativas¹³: los "focolarini", los Campos-Misión del P. Thivollier, los Cursos de Cristianidad, las fraternidades seculares de Charles de Foucauld, los equipos de matrimonios, las Pequeñas Comunidades, el movimiento japonés Jumbi-kai, el movimiento congoleño Jamaa, etcétera.

El origen de muchos de estos movimientos tiene algo que ver con el cambio de las estructuras sociales y con el aislamiento y soledad en la que se sienten hundidos hoy muchos hombres. En las grandes ciudades la familia ha quedado reducida al propio hogar. El círculo de intereses ha dejado de coincidir con la comunidad humana del pueblo o de la región. Tales circunstancias hacen que los amigos no vengan impuestos por las estructuras de la familia o de la región sino por la esfera de intereses en que uno se mueve. Los cristianos de esos movimientos viven plenamente en cristiano estas situaciones humanas propias de la vida moderna.

Por ejemplo, una situación nueva que ha generalizado la vida moderna son las vacaciones. Los Campos-Misión pretenden cristianizar el mundo de las vacaciones. Grupos de chicos y chicas viven plenamente en cristiano la vida de los campamentos y de otros lugares de vacaciones. Su comportamiento alegre y sano, de ayuda mutua y desinteresada, de oración, manifiesta que viven en comunión con Dios.

Estos grupos van abriendo camino a una forma de ser Iglesia. A través de su vida, encarnada en los distintos condicionamientos o situaciones del mundo actual, conectan las estructuras superiores de la Iglesia con la vida diaria. Contienen un Cristianismo auténtico vivido en forma auténtica y contemporánea. Son una esperanza. Ese testimonio colectivo de vida de comunión con Dios, encarnado según las exigencias de la sensibilidad moderna, puede contribuir a que el Cristianismo se imponga a la atención vital de los hombres, a que, con todos sus valores humanos y divinos de comunión en el amor, en la fe y en la esperanza, pase nuevamente al centro de la vida cotidiana, se introduzca en el corazón de la sociedad actual.

¹³ Documentación "Concilium", 39 (1968), pp. 486-505.

La Iglesia, como sacramento de comunión de los hombres entre sí y con Dios, alcanza su momento más candente en la Eucaristía. En ella Cristo se presenta en medio de los cristianos reunidos como vínculo de la unidad eclesial. Es el sacramento de la unidad eclesial.

Reunida la asamblea, Cristo actúa sobre ella y la asume y la eleva a su comunión con el Padre. La comunidad eucarística se transforma en el Cuerpo de Cristo, el Cuerpo resucitado que vive junto al Padre: "Porque el pan es uno, somos muchos un solo Cuerpo pues todos participamos de ese único pan" (I Cor. 10, 16-17). La comunión invisible con Cristo está visible y eficazmente significada por la participación de todos en el mismo Cuerpo.

En la Eucaristía se celebra no sólo el misterio del Cuerpo de Cristo, sino nuestro propio misterio, la unidad de la Iglesia. El efecto último de la Eucaristía es la unidad del Cuerpo Místico de Cristo. "La Eucaristía se celebra en la unidad y realiza la unidad, no es Sacramento de individualidades, sino Sacramento corporativo... La Eucaristía tiene un sentido de unidad y de unificación en Cristo... el Cristo unificador, vinculator, recapitulador, artífice de una progresiva unidad, que se consumará en la unidad total de su Pléroma"¹⁴. Y es que el Cuerpo de Cristo, en su realidad plena, incluye a la comunidad creyente.

Pero la unidad, que crea en nosotros la Eucaristía, es una comunión fraterna *dinámica*, que ha de tender a comunicar a los demás hombres el poder salvador del Cuerpo glorioso de Cristo. El P. Rufino Velasco, en un libro donde expone los fundamentos de un Cristianismo vivo según la doctrina del Concilio Vaticano II, escribe: "La intención de Cristo, cuando nos llama a Misa, es descargar sobre nosotros, unidos fraternalmente, el poder de su cruz, de su Resurrección, de su Glorificación a la derecha de Dios, para que este poder salvador se comunique a todos los hombres a través de nosotros"¹⁵.

¹⁴ LUCAS GUTIÉRREZ-VEGA: *La Eucaristía*, Cocala, Madrid, 1964, p. 137.

¹⁵ *Un católico español se mira en el Concilio*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1968, p. 92.

Este sacramento de unidad hay que esforzarse por realizarlo en la vida personal y consciente. El cristiano, que vive la Eucaristía, adopta en su comportamiento práctico una doble actitud: de amor fraterno, con relación a los que siente unidos en la misma fe y en la misma esperanza; de interés apostólico, respecto a los que aún no pertenecen a la comunión cristiana.

Ni siquiera en la Eucaristía es posible ponerse en contacto con Cristo sin el amor a los hermanos. Quien se atreve a participar en el Cuerpo del Señor con odio, con egoísmo en su vida, contradice el sentido más íntimo de la Eucaristía. "Quien recibe el misterio de la unidad, exclama San Agustín, y no está en paz con los otros, no recibe el misterio en su provecho, sino que recibe un testimonio contra sí mismo"¹⁶. No exageraba el P. Camilo Torres al explicar el motivo de su secularización: "Cuando existen circunstancias que impiden a los hombres entregarse a Cristo, el sacerdote tiene como función propia combatir esas circunstancias aun a costa de la posibilidad de celebrar el rito eucarístico que no se entiende sin la entrega de los cristianos"¹⁷. O las palabras de Cristo: "Si, al llevar tu ofrenda al altar te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar, y marcha antes a reconciliarte con tu hermano; después, vuelve y presenta tu ofrenda" (Mt. 5, 23-24).

Una vivencia auténtica de la comunión eucarística no puede prescindir tampoco de su referencia interna a todos los hombres, en orden a hacer de toda la humanidad la comunión creyente y fraterna. Nos sentimos comprometidos a poner nuestro grano de arena en el logro de la comunión plena del género humano con Dios puesta en marcha por Cristo.

A los que así participan en la celebración litúrgica de la comunión no cabe duda que Cristo resucitado y glorioso los asume plenamente en su comunión con el Padre. La comunión eucarística, vivida en profundidad, colma nuestros deseos de comunión humana y de comunión divina apuntando a una consumación escatológica.

El hombre de hoy siente, con mayor ardor que nunca, la aspiración a la alegría, al bienestar, a la prosperidad, la aspi-

¹⁶ *Sermo*, 272.

¹⁷ *Indice*, n. 236 (Octubre 1968).

ración a la paz plena e indefectible. El hombre de hoy busca su salvación. Pero una salvación individualista y desencarnada —salvar su propia alma— no dice gran cosa a este hombre socializado. Su naturaleza social, vivida mucho más conscientemente que antes, condiciona su tendencia a la salvación. Tiende a la salvación como a un destino comunitario.

Se nos presenta una ocasión magnífica de universalizar la esencia más auténtica de la salvación cristiana: la restauración de la verdadera fraternidad entre los hombres y su complementación por la comunión con Dios. A esta empresa nos invita el Concilio: "Dios creó al hombre no para vivir aisladamente, sino para formar sociedad. De la misma manera, Dios ha querido santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo... Dios ha elegido a los hombres no solamente en cuanto individuos, sino también en cuanto miembros de una determinada comunidad... Esta índole comunitaria se perfecciona y se consuma en la obra de Jesucristo. El propio Verbo encarnado quiso participar de la vida social humana... En su predicación mandó claramente a los hijos de Dios que se trataran como hermanos. Pidió en su oración que todos sus discípulos fuesen *uno*. Más todavía, se ofreció hasta la muerte por todos... Y ordenó a los apóstoles predicar a todas las gentes la nueva evangélica, para que la humanidad se hiciera familia de Dios, en la que la plenitud de la ley sea el amor... Esta solidaridad debe aumentarse siempre hasta aquel día en que llegue su consumación" (GS. n. 32).

Valgan las anteriores palabras del Concilio como conclusión y resumen de todo lo expuesto sobre la Iglesia, sacramento de comunión. Que, por nuestro testimonio, contribuyamos a que los hombres desde este mundo, en la paz y en el amor, formen una *comunión perfecta* con Dios en Cristo.

BIBLIOGRAFIA

Documentos Conciliares, BAC, Madrid, 1968.—J. MORENO - I. MURILLO: *Juan XXIII y Pablo VI explican el Concilio*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1967.—E. RIVERA DE VENTOSA: *Temática fundamental del pensamiento de Martín Buber*, "Naturaleza y Gracia", 15 (1968), pp. 3-31.—PIER GIOVANNI GRASSO: *Los aspectos sociales de la personalidad*. Cues-

tiones de psicología, Herder, Barcelona, 1966, pp. 559-587.—J. HAMER: *L'Eglise est une communion*, Ed. du Cerf, París, 1962.—BERNARD DELPLANQUE: *La Vie en Communion*, Supplément de La Vie Spirituelle, 87 (1968), pp. 303-339; 495-542.—C. MATURA, A. M. MALO, etc.: *L'Eglise dans la Bible*, Desclée de Brouwer, Bruges, 1962.—A. WIKENHAUSER, Herder, Barcelona, 1967.—E. SCHILLEBEECKX: *Cristo, Sacramento del encuentro con Dios*, Dinor, San Sebastián, 1966.—Y. CONGAR: *Sainte Eglise*, Ed. du Cerf, París, 1964.—H. DE LUBAC: *Meditación sobre la Iglesia*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1959.—L. GUTIÉRREZ-VEGA: *La Eucaristía*, Cocala, Madrid, 1964.—R. VELASCO: *Un católico español se mira en el Concilio*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1968.—S. MATELLÁN: *Teología Cristiana*, tomos II y III, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1967.—P. DACQUINO: *La alegría humana y el más allá en los libros bíblicos*, "Concilium", 39 (1968), pp. 363-377.—J. LECLERCQ: *La revolución del hombre en el siglo XX*, Ed. Estela, Barcelona, 1965.